

REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS

PUBLICACION TECNICA DEL CUERPO DE INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

DIRECTOR

D. MANUEL MALUQUER Y SALVADOR

COLABORADORES

LOS INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

Dirección y Administración: Plaza de Oriente, 6, primero derecha.

Medios y vías de comunicación de la Península Ibérica en los tiempos prehistóricos

PQR

DON PEDRO GARCÍA FARIA

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

(CONTINUACIÓN) (1)

Pero otro hecho notable, la sucesión de las estaciones, vino á agrandar las distancias que los ganados debían recorrer, pues sabido es que las comarcas más á propósito para la ganadería, que son las sierras Pirenaicas, Cantábrica, de Gredos, Gata, la Estrella, etc., etc., durante el rigor del invierno, están bajo influencias meteorológicas y térmicas tales, que es imposible en ellas la permanencia de los ganados, y por esto el hombre, imitando á los animales emigrantes, fué á invernar con sus ganados á climas bonancibles y regiones más templadas, originándose de ahí la trashumación que creó las primeras grandes vías de comunicación, que además de las existentes en la edad de la piedra tallada, constituyeron la red viaria hispana del interior, porque en el litoral á los naturales del país fuéles fácil ir mejorando las vías que les daba hechas, con las playas, la bienhechora unión del mar y de la tierra.

Otras causas generales, étnicas, geográficas y comerciales, se combinaron con lo anteriormente expuesto, y la trashumación de los ganados hasta producir la red viaria que presentamos en el mapa.

En demostración de lo antiquísimo que fué en nuestra Península el ejercicio del pastoreo, recordaremos que, según Strabon (lib. I, 31), algunos años después de Homero, hacia 990, tuvo lugar la inmigración en ella de los e-cites, que en número de millones dejaron su patria nativa en busca de mejor suerte. Estas gentes, según Herodoto (lib. IV, núm. 116), eran de origen céltico, y tenían por casas las chozas ó los carros en los que viajaban trashumados detrás de sus ganados, alimentándose con sus carnes y leche y utilizando las pieles para abrigo.

Actualmente existe la trashumación como antiguamente entre los berberiscos, para los cuales constituye una de las principales fuentes de riqueza.

Entre otros muchos testimonios de la existencia de la trashumación prerromana, citaremos á Tito Livio (lib. XXI, cap. XVII), el cual dice que los montes Idubeda (sierra de Teruel) y Orospe-

(sierra Segura) mantenían grandes partidas de ganado que no podían subsistir sin trashumarlos.

La trashumación se efectuaba también en apicultura. Las colmenas eran trasladadas á lomo de caballerías en busca de las montañas y comarcas de clima apropiado y de mayor abundancia de flor, costumbre que, según Costa, aun subsiste en varias provincias andaluzas.

Estos caminos producidos por el paso de los ganados eran los lógicos y naturales para cada dirección determinada, y tanto es así, que luego, al perfeccionarse por razones estratégicas ó comerciales, se han superpuesto en su dirección general y aun material en muchos trayectos, cuando no se observa el curiosísimo fenómeno que acusa la vía romana Iata ó de la Plata, que se dirige de Mérida á Salamanca, de ir dicha calzada acompañada y seguida de una cañada, cuya hitación debió ser una piedra que está junto al toro que se halla situado entre Segura y el camino romano, con una inscripción que dice: «Ammium», esto es, Camino Real, y otra por bajo de Caparra, sita á igual distancia de la vía, en una roca natural del sitio denominado Dehesa Valverdejo, cuyas letras son L. I. M. (Paedes, *Framontanos*, pág. 49).

La mayor parte de los nombres indicadores de las etapas de las antiguas cañadas ó caminos de ganados, son designaciones de animales ó de objetos con ellos relacionados.

Se realiza aquí el fenómeno general en todos los grandes caminos, que por muy perfeccionados que sean se hallan en cierto modo paralelos á vías rodadas y éstas á los caminos de herradura y á los senderos, porque en realidad Dios, causa de todo lo creado, ha dispuesto las líneas generales de las redes viarias desde la más rudimentaria á la más perfecta con la constitución de las cordilleras, valles y *talwegs*.

Costa, en sus estudios ibéricos, atribuye á la trashumación de la ganadería las contiendas que durante tantos siglos dividieron la Iberia entre dos bandos, los partidarios del pastoreo y los defensores del cultivo de las tierras, y tanta importancia asigna á dichas contiendas, que comienza su obra *Estudios ibéricos* diciendo que el episodio de mayor interés y más lleno de enseñanzas en la historia económica de nuestra nación es la lucha desesperada y fiera que han venido sosteniendo á través de los tiempos la agricultura y la ganadería, que está concluyendo por la muerte de ésta.

Veamos cuáles son las comarcas productoras de pastos naturales de verano y aquellas en que pueden invernar los ganados durante los meses húmedos y fríos. Son los Arzobispados de Burgos, Obispados de Calahorra, Sigüenza, Cuenca, Segovia, Avila, León, Astorga y villas castellanas del Obispado de Tarazona, Abadía de Colarrubias y tierras de Lozoya, Bustiago, Torrelaguna,

(1) Véase el núm. 2189.

Real de Manzanares, Marquesado de Cogolludo y Señorío de Hita y Mombeltrán (Cuaderno de la Mesta, ley 11, tít. V, fol. 51). A éstas deben agregarse las cordilleras del Pirineo desde las provincias catalanas á las gallegas, inclusive, la sierra de la Estrella y las sierras interiores en la parte no expresada anteriormente.

Las Tierras Llanas eran las partes deprimidas ó de los bajos en las zonas y á niveles muy inferiores á los de la meseta hispana, y especialmente las extremaduras ó extremos de las comarcas productoras de pastos estivales.

Para el señalamiento de los caminos ibéricos, hemos tenido en cuenta:

1.º Los tramos existentes de los mismos, algunos de los cuales han dado nombre á pueblos, cuevas, lugares, como, por ejemplo, sucede con la cueva de la Galiana, junto á Horche (provincia de Guadalajara), cerca de la que subsiste la cañada allí conocida aún con aquel nombre.

2.º Los datos históricos, como ocurre: con la vía hercúlea que siguió Aníbal en su atrevida marcha contra Roma, y de la cual constan las etapas Carthago Nova (Cartagena), Zazinthos (Sagunto), Laye (Barcelona), Emporium (Ampurias) y Summo Pirineo (Portus y Masana); y con los de la campaña de Scipion contra Numancia, itinerario descrito con toda minuciosidad por Schuttin (Numantia).

3.º La existencia de los poblados ibéricos revelada por la Historia y comprobada por la Arqueología.

4.º La toponimia ó designación de nombres de animales ó de hechos ú objetos relacionados con la ganadería.

5.º Los toros de piedra aun existentes, y cuya significación muy discutida ofrece como interpretación más aceptable la dada por Emilio Hubner, al considerarlos como monumentos funerarios indicadores, por tanto, del poblado ó tribu que los construyó, aun cuando en varios de ellos se hayan esculpido inscripciones posteriores á la época de la erección, que nada tiene que ver con el carácter de ésta. (Paredes, obra citada, pág. 13).

La ubicación de tales caminos era, en general, más alta que la de las calzadas romanas, no sólo por razón de la defensa y por la conveniencia de separarse de las hondonadas y partes húmedas, sino para unir convenientemente los poblados ibéricos edificados junto á las acrópolis y lugares de fácil defensa.

Características de las vías prerromanas.

Demostrada la existencia de las vías anteriores al año 133, caída de Numancia, que consideramos como la época del comienzo de la romanización de la Península Ibérica, vamos á ocuparnos de las condiciones principales de dichas vías.

En general, las vías de referencia eran simplemente caminos explanados, no obstante en algunos casos se usaron, especialmente desde la época cartaginesa, los enlosados, que emplearon los libios antes que los romanos.

Las pendientes eran, en terrenos accidentados, muy fuertes, como se observa aún hoy en muchas cañadas ó galianas, y mayores todavía que las ya elevadas que luego se admitieron en las calzadas romanas.

La anchura debió ser muy variable, adaptándose á las necesidades que debía servir la vía.

En una palabra, las vías de referencia variaban desde el miserable sendero recorrible sólo por cabalgaduras, montaraces, hasta la calzada romana rudimentaria, tipo que se usaba en vías urbanas y en algunos puntos de los caminos de enlace de estos más frecuentados.

Dan una idea de tales pavimentos las figuras ya examinadas de las vías de Numancia y de Calac-ite.

Tito Livio (lib. XXVII, cap. I) expresaba que en las vías hispanas había muchas torres colocadas á modo de atalayas en sitios elevados y que servían al mismo tiempo de refugio y defensa contra los ladrones.

Cortés, en el Diccionario geográfico é histórico de España antiguo (tomo I, pág. 244), repite el concepto manifestando que en su tiempo (1838) aun subsistían muchas de estas torres como en la vía de Segobrige (Segorbe) á Turba (Teruel), donde se veían en la cuesta de Ragudo cuatro de ellas en espacio de cuatro leguas.

Luego dice que al ponerse en marcha en las guerras púnicas, llevaban los soldados romanos sobre sí el trigo para quince días, las armas, una segur, un rallo, una cadena, una sogá, una sierra, una cestilla, una hoz, estacas y sus vestidos, con un peso total no menor de 60 libras, y con esa carga llegaban á andar 25.000 pasos en cinco horas; si la necesidad lo exigía, hacían marchas de 50 millas diarias.

Tanta importancia daban á los servicios itinerarios, que Amiano (lib. XXIV), refiere que tenían un toque militar especial para aquéllos, y Vegetio proclamaba (lib. XXXVI) que la primera ciencia de un general consistía en tener exacto conocimiento de los caminos que debía recorrer su ejército.

Apuntes acerca de los pueblos que tuvieron dominio en la Península Ibérica.

Además de los hombres de las razas dolicocefalas Neanderthal y Cro-Magnon que ocuparon la Península Ibérica durante la época paleolítica inferior, la invadieron también otros pueblos de raza braquicefala, que dominaron en ella en los distintos periodos que constituyen la época paleolítica superior.

Al examinar los pueblos distintos que ocuparon la Península Ibérica desde los tiempos neolíticos á los históricos, nos encontramos abocados á la determinación de quiénes fueron los verdaderos aborígenes y los primeros invasores de la misma, puntos los más oscuros y difíciles de cuantos se relacionan con nuestro tema, y que por lo mismo no sólo han originado múltiples errores, sino que, á causa de no estar bastante dilucidados, los ocasionarán en lo sucesivo.

No estamos ya en los tiempos en que sólo se consideraba la existencia en la antigua Hispania de dos pueblos, el ibero y el celta: algo se ha averiguado ya, pero queda mucho más por saber, como se desprende de las lagunas y deficiencias de los mismos datos que seguidamente consignamos.

Las notables exploraciones sistemáticas debidas á L. Siret y á J. Bonsor demuestran de manera irrefutable la existencia sucesiva de varios pueblos y civilizaciones, acusada por los ritos funerarios, costumbres sistema de enterramiento, etc., reveladora de relaciones é influencias exteriores.

No sólo hubo intervención de las civilizaciones prehelénicas, sino que consta, por testimonios distintos, la dominación total ó parcial de varios pueblos sobre los indígenas sucesores de los paleolíticos.

LIGURES

Ha sido muy discutida la actuación de los pueblos ligures en la Hispania; algunos, como Schultz, los consideran los verdaderos aborígenes en la Península Ibérica, pues en la obra citada relativas á las guerras celtibéricas, consigna que los ligures, población primitiva, dice, estaban ya instalados en toda la Península Ibérica cuando á ella llegaron los iberos, quienes les rechazaron hacia el Oeste y á la región cantábrica, en la cual permanecían aún en el año 500 antes de Jesucristo.

Empujados por los celtas y por los iberos marcharon los ligures hispanos á establecerse en el Mediodía de Francia y Norte de Italia, donde también dominaban anteriormente, quedando como representantes suyos en la Hispania los vascos y algunos pueblos de la región pirenaica catalana. Otros historiadores creen también que los ligures eran los ascendientes de los vascos.

La cuna de los ligures es también Libia, según Schultz.

TARTESIOS

Philipon (*Les Iberos*, páginas 40 y siguientes) les hace proceder de la región del Atlas, á la cual fueron á parar unos emigrantes salidos del Asia menor, en tiempo indeterminado y que desembarcaron en la costa Norte del Africa. De allí pasaron al Mediodía de España; estos pueblos estuvieron emparentados y trabaron relaciones varias con los habitantes de Creta, con los sardanos (Shardani), con los pelasgos-tursanos y otros de análoga procedencia, que se lanzaron después á expediciones análogas, pues consta, por ejemplo, por testimonio de Strabon y de Maspero, que á principios del siglo XIII antes de Jesucristo Jolaos llevó hordas de pelasgos hasta Libia (bajo este nombre designaban los griegos y los demás historiadores antiguos la región del Norte del Africa, exceptuando el Egipto) y Cerdeña; y Dédalo los condujo á Sicilia. Píndaro también habla de una colonia de troyanos establecidos en Cyrene.

De conformidad con estos datos Herodoto sitúa en la parte occidental de la Libia á los atlantes, pueblo agricultor que recibió su nombre de la gran cordillera á cuyo pie se instaló. Según la tradición tartesia, referida por Diodoro de Sicilia, procedían los tartesios del gran continente de la Atlántida emergido en la parte Norte y Oeste del Atlántico actual. Su Imperio se extendía sobre Libia, la Hispania y la Galia. El inmortal Platón, así como Solon y Theópompo, dieron crédito á la tradición tartesia.

Los anales tartesios en tiempo de Strabon remontaban, según éste, á una antigüedad de seis mil años, siendo curioso recordar que ese pueblo notabilísimo tenía escritos en copiosos versos sus leyes y los hechos históricos más notables.

Es también digno de ser consignado que según Avienus (*Descriptio orbis terrae*, 738 y 744), y por testimonio de antiguos periplos fenicios, la Hesperia (que así llamaban los griegos á nuestra Península) estaba habitada por una raza libia.

Una parte de otro pueblo libio poderoso, el de los turdetanos, se instaló también en el Mediodía de España.

El primer establecimiento de los tartesios se constituyó en Carteya, al pie del monte Calpe; pero empujados por nuevas invasiones congéneres pasaron de su primera instalación á ocupar otras regiones hispánicas y especialmente la comarca comprendida desde Carteya hasta Ayamonte y Faro, creando nuevos establecimientos en las desembocaduras de los ríos Guadalete, Guadalquivir, Odiel, Tinto y Guadiana. Junto á ellos establecieron sus dominios los mastienos llegando hasta Santa Pola ó Denia.

Herodoto y Píndaro aseguran que hubo establecimiento de pelasgos en España.

No están bien precisados los orígenes y autonomía de los kempsios, de los saefes y de los miembros ártabros: mientras que algunos los suponen iberos, otros los consideran como celtas.

Schulten, en su obra *Numantia Die Ergebnisse der Ausgrabungen*, 1905-1912 (Munchen, pág. 914) menciona á los tartesios como establecidos en la cuenca del Betis desde tiempo inmemorial. Los considera iberos según todos los testimonios antiguos, pero procedentes del Africa, donde hay multitud de nombres

iberos que se encuentran en toda la tierra hispana y en la Aquitania francesa.

Para Costa fué tan grande el poderío del Imperio tartesio, que dice que este pueblo fué en la antigüedad lo que Inglaterra en la época en que él escribió sus estudios ibéricos.

IBEROS

El pueblo que dió nombre á la Península Ibérica y que finalmente la dominó en su casi totalidad, tiene también puesta en tela de juicio su procedencia.

La identidad entre el pueblo ibero hispano y el asiático, es indudable en sentir de la mayoría de los autores antiguos y modernos que se han ocupado de la materia. Ya Apiano dijo en el capítulo CI de la *Historia de Mitrídates*: «Los iberos de Asia son considerados por unos como una colonia de los iberos de Europa, por otros como los antecesores de los mismos iberos». Strabon, Apollodoro y Abienus (*Descriptio*, 881) consideraban á los iberos del Cáucaso como procedentes de los iberos hispanos.

Las dudas subsisten en la actualidad, pues mientras algunos, como Costa, ven en los iberos á los sucesores de los tartesios (libios, por tanto) y á su vez como los fundadores de los pueblos iberos de Italia y del Cáucaso, otros, y entre ellos Philipon en *Les Iberos y Cerveras*, en un estudio recientísimo acerca del idioma ibero, juzgan aquel pueblo oriundo de la región sita entre el Cáucaso y el río Araxe, desde donde vinieron á la Península Ibérica por etapas, estacionando en Italia y en Francia para entrar en la Hispania, y pasar de ella á lo que luego fueron las provincias de Mauritania y Tingitania.

Es un verdadero alarde de erudición el que hacen personas eminentes para deducir de varias modalidades del lenguaje identidades de procedencia, raza, idioma, etc. Para ello buscan semejanzas de palabras que justifican la acertada opinión expuesta por Tragia al asegurar «que por las etimologías se puede dar origen en todas las lenguas á casi todos los nombres desconocidos de la antigüedad y á los de la nueva creación, entendemos que el habla es un factor que sabiamente utilizado puede, como la paleontología, auxiliar á la resolución de problemas étnicos é históricos, pero también es susceptible de producir aspectos erróneos y conducir á conclusiones desprovistas de realidad si se fuerzan las interpretaciones dadas á las palabras ó se introducen en ellas modificaciones injustificadas.

Sea una ú otra su procedencia, el pueblo ibero fué el que mayor dominación alcanzó en la antigua Hispania, la que prolongó á la Galia y aun más allá, llegando á llevar el estandarte de civilización ibérica á las islas Británicas y hasta la Escandinavia.

Considera Siret que la gran civilización neolítica de carácter eminentemente industrial y agrícola vino á la Península con los iberos, quienes convivieron con los post cuaternarios sin destruirlos, verificándose una fusión ó adaptación de costumbres de los indígenas, que fueron entrando en relaciones con los invasores y que en la fusión fueron el elemento dominante y activo.

Por primera vez aparecen los ídolos en el período neolítico, siendo semejantes á los hallados por Siret en el SE. de España, á los de Troya y á los que yo he encontrado también análogos en la estación neolítica de Balcochero Boquique (Plasencia).

Las novedades que éstos aportaban en cuanto á domesticación de los animales, á la alimentación por presentarse, á la molienda de los granos, á la fabricación de pan, á la implantación de las prácticas agrícolas y á la construcción de viviendas y poblados, incitaron á los indígenas á adaptarse al nuevo medio, si bien lo verificaron poco á poco y no por completo; pero sucedió como siempre, esto es, que la civilización superior fué la triunfante.

La preponderancia industrial y utilitaria trajo, sin embargo, consigo un retroceso artístico; así es que el sér humano fué abandonando la difícil facilidad de las pinturas rupestres y admitió las representaciones esquemáticas y simbólicas, y al producir alguna manifestación corpórea el arte se hizo tosco infantil, como puede verse en múltiples manifestaciones ibéricas.

Esto no obstante, si el arte pictórico y el escultórico sufrieron, el pueblo ibero supo sacar provecho de la civilización neolítica y las siguientes, extendiéndose mucho más allá de la Península.

Los estudios comparativos llevaron a Siret a establecer (*Cronología*, pág. 22) que la piedra pulida reinaba en Iberia en el tercer milenario y aun en el segundo.

En concepto de Mélida acorde con Dechelette, el período ibero puede tenerse por indudable desde el 1900 antes de Jesucristo.

Mélida, precisando más en su cronología de las antigüedades ibéricas anterromanas (pág. 41), señala la fecha de 2500 antes de Jesucristo, en la que dió comienzo a la edad de bronce caracterizada por la aparición del cobre y luego de la aleación de este metal y del estaño, ambos nativos en Iberia, aun cuando también se traía el estaño de las regiones del Norte.

EGEOS-GRIEGOS

Aun cuando hay nociones imprecisas y de grande antigüedad reveladoras de influencias prehelénicas en Hispania, las más remotas instalaciones que pueden señalarse cronológicamente, son las expediciones a las islas Baleares ocurridas en el siglo XIV antes de Jesucristo que dejaron el suelo plagado de gigantescas construcciones llamadas talayots, Navetas, taülas, etc., coetáneas y de la misma familia que las nuragas de Cerdeña y las giganteyas de Malta y otras colonias egeas. Estas distintas construcciones son de carácter funerario como las pirámides de Egipto. Todas ellas acusan la virilidad y energía de la nación que las levantó y la importancia que daban los pueblos de aquellas edades al culto a los muertos.

El significado de la palabra talayot es atalaya, por lo cual muchos los supusieron erróneamente construcciones defensivas; aun cuando no guió su erección un fin estratégico, es posible que en determinadas ocasiones se hayan utilizado con este carácter por ser sabido que en la guerra se saca partido de todos los accidentes naturales ó artificiales favorables a la lucha; desde luego, en las costas planas baleares harían las veces de atalaya para prevenirse y avisar a sus gentes cuando los piratas se aproximaran a las islas.

En la Península hay múltiples construcciones del mismo pueblo ó del ibero y designadas con el nombre genérico de ciclópeas y que acusan expediciones prehelénicas que establecieron colonias, ó cuando menos ejercieron su influencia en múltiples puntos de ella, como en las murallas de Tarragona, de Gerona y de Sagunto en el poblado de Calaceite, en los castillos de Ibro y de Santa María de Huerta y en tantos otros castros, citanias y castellares, como ejemplo de los cuales hemos visto el del Oficio en la provincia de Almería, descrito con otros minuciosamente por Siret en *Les premier âges du metal*, todas las cuales recuerdan por sus caracteres comunidad de sistema con las acrópolis de Micenas, Tirinto y Atenas.

El Sr. Siret (*Cronología*, pág. 22) dice que la arqueología también nos muestra la Península ocupada, al fin de los tiempos cuaternarios, por tribus muy primitivas y bárbaras en seguida invadidas por emigrantes del Este, trayendo una civilización completamente distinta y superior durante la cual comenzó la edad del bronce, hacia el año 2500 antes de Jesucristo, según apreciación del Sr. Mélida.

La influencia prehelénica sufrió rudo golpe en el año 1100 en que ocurrió la invasión dórica por los pueblos griegos, y de entonces emana el poderío de la telasocracia fenicia.

Más tarde, en los comienzos del siglo VI, los focenses arrojados de su país fundaron su colonia de Marsella, año 600 antes de Jesucristo, desde la cual partieron para crear la de Emporium en el año 535 antes de Jesucristo la urbe griega. Además las calles de Ampurias eran recorridas por los carros del siglo VI; lo mismo sucedía en otros del litoral Este mediterráneo.

Cuando arribaron los focenses al fondo del golfo para fundar Ampurias encontraron, según Strabon, la población ibera. La ciudad ibérica, según Tito Livio, estaba cercada por un muro de 4.430 pasos romanos. Zazinthos (Sagunto) y Ro-as (Rode), se cree son anteriores y griegos según la autorizada opinión del doctor Berlanga. También fundaron, además, otros establecimientos en San Felú de Guixols, Sucro, Aretemisión (Denia) y la atalaya de Hemeroscopión.

En Elche, Mallorca y otros puntos se observan bellas manifestaciones de arte oriental relacionadas con la excelsa época del arte griego.

FENICIOS

Muy discutida ha sido su actuación en la Península Ibérica. Innegable es su presencia en Cádiz donde fundaron en el año 1100 la célebre colonia tiria de Gadir, cerca de la cual riñeron memorable batalla naval las armadas fenicia y tartesia. Las joyas, sarcófagos y restos de enterramientos que he visitado en Cádiz son indudablemente fenicios. Desde su colonia establecieron muchas otras factorías y desarrollaron un tráfico marítimo extraordinario, hasta que los libios de Carthago les arrebataron la preponderancia comercial, perdida la que, Cádiz en el siglo III antes de Jesucristo, quedó reducida a mísera condición.

Siret entusiasmado con la influencia fenicia que realmente existió durante la primera edad del hierro, que comenzó por entonces, ha extendido demasiado su acción, atribuyéndole el papel de introducir en la Hispania las influencias egeas, lo cual no es probable porque los fenicios no tenían la manera de construir, ni los ritos funerarios acusados en las construcciones y enterramientos hispanos. Esto, no obstante, los fenicios ejercieron en su papel de mercaderes é intermediarios para las negociaciones, influencia notable en la Península, aun en el concepto artístico, introduciendo objetos de los artes asirio y caldeo que se desarrollaron mucho en esa región, especialmente en los siglos VII y VIII antes de Jesucristo, a cuya época pueden también reducirse los peines, grabados, etc., que posee el Sr. Bonsor en su notable colección de Mairena. El comercio fenicio fué activo en el litoral hispano y penetró bastante tierra adentro, como puede comprobarse por las publicaciones de Berlanga. (Los bronceos de Lasuta, Bonanza y Aljustrel.)

CARTAGINESES

Descendientes de los tirios y empleando los mismos procedimientos que sus mayores, los cartagineses entraron en la Península Ibérica y dominaron sus islas adyacentes a guisa de mercaderes y comerciantes, para enseñorearse luego de una extensión importante del territorio, que llegó a ser la mayor parte de España. Las sepulturas cartaginesas de Ibiza datan, según Mélida, del período de los siglos VI al III antes de Jesucristo, habiéndose comprobado su influencia en Ampurias, Carmona, Tajo, Montego y otros sitios.

Por el estudio de las guerras púnicas ha podido conocerse

mucho de las relaciones comerciales y políticas del pueblo cartaginés con la Hispania.

El uso de los carros de guerra por Aníbal en la Iberia, está comprobado por el testimonio de Silio Itálico (pág. 218 de la colección de autores latinos), el cual, describiendo la organización de las fuerzas del gran General, dijo: «La segunda mitad del ejército de Aníbal era de coortes españolas, tropas auxiliares, llegada en tropel á su campo y que le habían hecho adictos los triunfos de su padre. Aquí los corceles belicosos atruenan el llano con sus relinchos, allá uncidos á los carros de guerra se lanzan fogosos, y jamás el eje de una cuádriga Eide fué más rápidamente llevado».

Los cartagineses realizaron su primera invasión en Iberia el año 543 antes de Jesucristo.

CELTAS

También ha sido objeto de muchas controversias las invasiones celtas en la Iberia y el dominio en ella de aquellos pueblos, así como su desaparición, formando los celtíberos, que concluyeron como nación el año 133 antes de Jesucristo, con la memorable toma de Numancia.

Es indudable que invadieron la Península los celtas penetrando en ella por el SO. de Francia, quizá por mar y sucesivamente en pequeñas masas. Schultz cree, sin embargo, que su entrada en la Iberia tuvo lugar, probablemente, por el paso de Roncesvalles, en los Pirineos occidentales y hacia el año 600 antes de Jesucristo.

Tomaron las direcciones del centro y del Oeste, llegando á dominar hasta las comarcas de la Bética, antes poseídas por los tartesios, y por el Este, llegaron hasta las cuencas del Jalón y del Jiloca, quedando entonces subdividida la Península en varias zonas, según testimonio de Polibio y Strabon.

Hacia el año 400 antes de Jesucristo hubo una segunda invasión de celtas ó galos, ó sea en la misma época en que bajó á Italia y á otros pueblos la gran expansión céltica europea de la fecha expresada.

Los celtas no llegaron nunca á dominar toda la Península y mantuvieron con los iberos grandes luchas, que terminaron con el triunfo de éstos, que les fueron reduciendo en extensión primero y luego á las partes más abruptas, donde se defendieron tenazmente hasta llegar á una inteligencia que terminó en la región central del Norte de Castilla la Vieja con la compenetración y fusión de los dos pueblos, que formaron uno nuevo conocido por el de los Celtíberos, famosos por ser los últimos que defendieron contra Roma el suelo ibero.

RESUMEN DE LA CIVILIZACIÓN IBERA

En conjunto, la civilización ibera, que fué superior á la gala hasta en concepto de varios autores franceses, presenta caracteres muy interesantes, mostrándose más espléndida y adelantada en la periferia que en el centro, sin duda por la mayor facilidad de relaciones, y revelando una personalidad propia en todas las manifestaciones de la vida, así industriales como artísticas. El pueblo ibero llevó la civilización á comarcas tan apartadas como las islas Británicas y Escandinavia, la Galia y la Bélgica, en las cuales dominaron nuestros predecesores.

Más tarde la Iberia sufrió la subdivisión de ideales y de jerarquías, introduciéndose la discordia entre sus múltiples nacionalidades, las cuales ya no formaban un conglomerado que se unía para fines comunes, pues, por el contrario, se combatían entre sí por cuestiones fútiles é insignificantes.

Sin duda también recrudeció la causa originaria de las contiendas entre los partidarios de la ganadería y los de la agricultura; en síntesis, se originaron continuadas luchas intestinas que debilitaron los distintos grupos, creando odios y enemistades, los cuales favorecieron primero la penetración cartaginesa y luego la romana, con cuyos ejércitos luchó valientemente la gente ibera, al extremo de que los primeros jamás dominaron la totalidad de la Península, y los segundos sólo lo consiguieron después de dos siglos de lucha, de suerte que en conjunto fué el pueblo ibero el que más valiente y tenazmente luchó con Roma, y aun mejor suerte le habría cabido si con la debida unidad de acción todos los iberos hubiesen combatido contra las águilas romanas en vez de ponerse muchos á su lado, como lo hicieron por la lamentable falta de unidad de acción, que produjo la romanización de la Iberia. Los iberos unidos hubieran triunfado de Roma.

Para que se pueda juzgar del esplendor á que llegaron antes de la caída de Numancia alguna de las poblaciones iberas, mostraré las vistas en plantas (figuras 8.^a, 9.^a, 10, 11, 12, 13 y 14) y perspectiva de la reconstitución de tres de sus principales ciudades: Tarraco, la capital de la Tarraconense; Sagunto, la fiel aliada de Roma, destruida por Aníbal y reconstruida por Scipion (hacia 200 antes de Jesucristo), y la célebre Itálica, la desventurada urbe de la cual dijo el poeta:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que vos ahora,
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.

Son debidas á mis compañeros los Arquitectos Sres. Hernández y Muguraza.

Avance acerca de la red de las vías iberas.

Trazado de la red viaria ibérica. — La construcción de las vías ibéricas era en general mucho más primitiva de la de las calzadas romanas, y por ello no se conservan en su antigua situación como éstas: añádese á esto la falta de datos históricos y de testimonios importantes, análogos al itinerario de Antonino y otros monumentos, cual los vasos de Vicarello, la relación del Ravenate, tabla de Peutinger, etc., y se comprenderá la inmensa dificultad de precisar la red de comunicaciones iberas, asunto que debe abordarse desde luego para ir venciendo, mediante los avances y modificaciones necesarias, las dificultades que ofrece en la actualidad.

Estas circunstancias me obligan á declarar que presento á título de primer avance de la red, y sólo como de situación probable, la de las vías y aun sujeta á todas las comprobaciones y modificaciones necesarias.

Es incontestable que antes de la romanización de España existía la red viaria, siendo de ello pruebas irrecusables la vida civilizada de los pueblos y comarcas (plenamente demostrada por los autores antiguos y modernos), la que es incomprensible sin caminos que, cual arterias vitales, permitan que lleguen á aquéllos los productos necesarios para la vida. El paso de los ejércitos numerosos tampoco sin ellos hubiera sido posible, y de estas campañas bélicas se deducen también los puntos de paso de las vías.

Tito Livio (28, 1, 16, 40 y 33) y Strabon (3, 4 y 9) nos refieren que estaban unidos por una red de carreteras, en época anterior á su romanización, las villas españolas de las que Ptolomeo enumera 415.

Son jalones que atestiguan la autenticidad de las vías iberas, los caminos que se sabe fueron utilizados para otras posteriores las estaciones prehistóricas, las poblaciones iberas que estaban

enlazadas por dichas vías, las torres, castros, castellares, citanias, etc., los nombres significativos de poblados y lugares; las ruinas procedentes de aquellas épocas y los monumentos mega-

los dos pasos del Portus y del Coll de Masana (Pella y Forgas); luego iba á Ampurias, Gerona, Arenys, Lllaneras, Cabrera, Santa Coloma de Gramanet, Barcelona, Martorell, Tarragona,

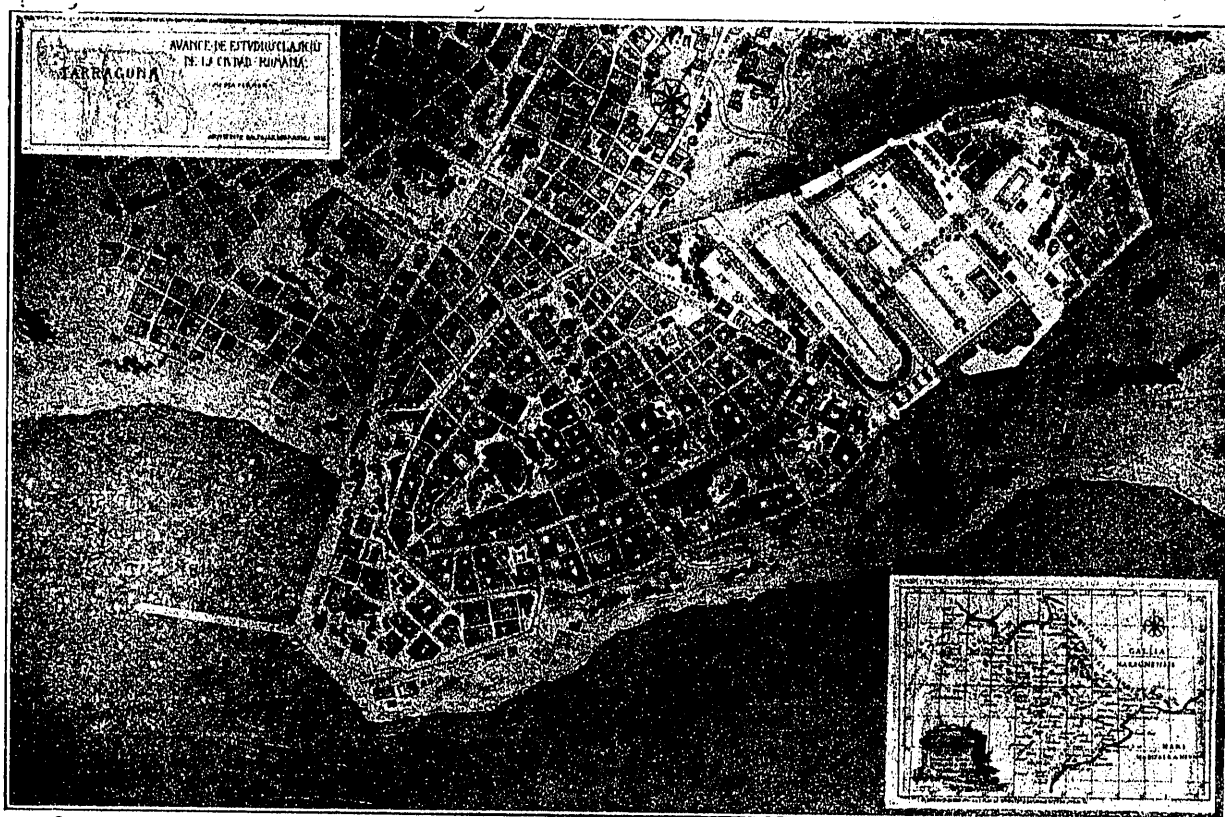


Fig. 8.ª—Tarragona, planta del proyecto de restauración (siglo II antes de J. C.).

líticos y los funerarios, pues sabido es que éstos se disponían cerca de las poblaciones y de las vías, especialmente en los períodos neolítico, del bronce y del hierro, en que tan desarrollado estuvo el culto á los muertos.

El mapa publicado en el núm. 2188 es el de conjunto de la red viaria ibera deducida de múltiples datos y antecedentes de poblados, vías, referencias históricas, hitación de monumentos y ruinas ibéricas, etc.

Tortosa, Amposta, Peñíscola, Sagunto, Valencia, Sueca, Villajoyosa, Denia, Alicante, Elche hasta Cartagena, que era el puerto más importante de aquella región. La vía Hercúlea la continuaron los romanos desde Narbona á los Alpes, mejorándola probablemente el primero. Por esta antigua vía pasó Aníbal; denominándose á la prolongación de dicha calzada «vía Domitia» desde la época de su restauración, verificada por el Procónsul de Narbona Domitius (año 121 antes de Jesucristo).

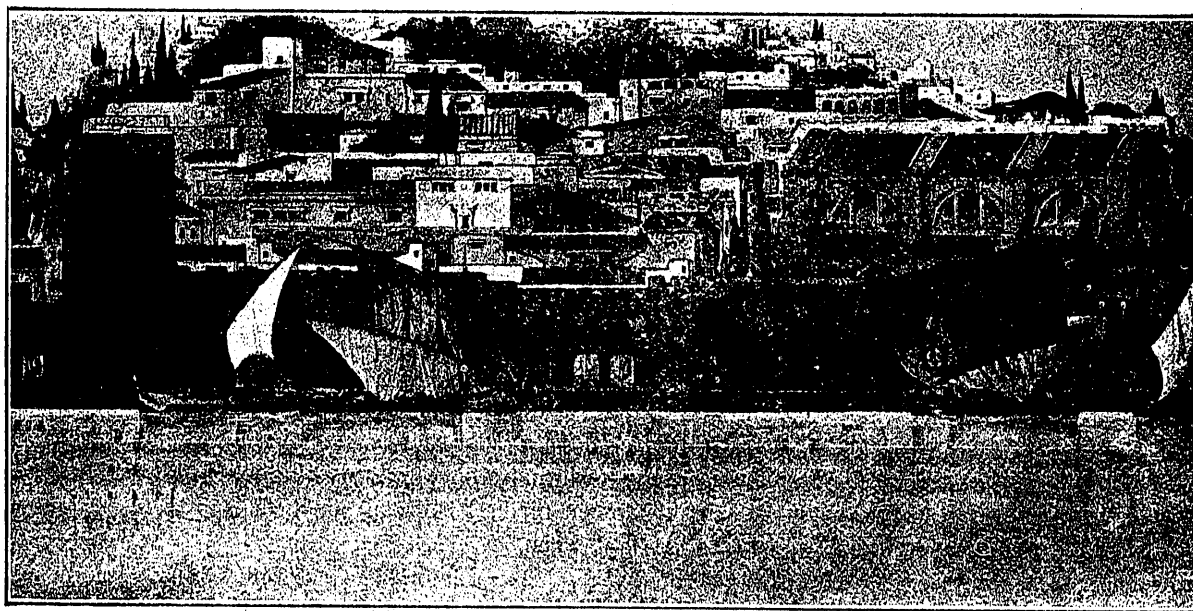


Fig. 9.ª—Tarragona, perspectiva del proyecto de restauración (siglo II antes de J. C.).

La carretera ó vía más importante de toda la red es, según Philipon y otros autores, la vía Hercúlea que desde Narbona se dirigía á Carthago Nova, y pasando el Pirineo probablemente por

Jullian, en la *Histoire de la Gaule* (pág. 50), alude á los principales pasos iberos de los Pirineos: el de Roncesvalles, situado á 1.409 metros de altitud para la vía de Rolando, y el del Po

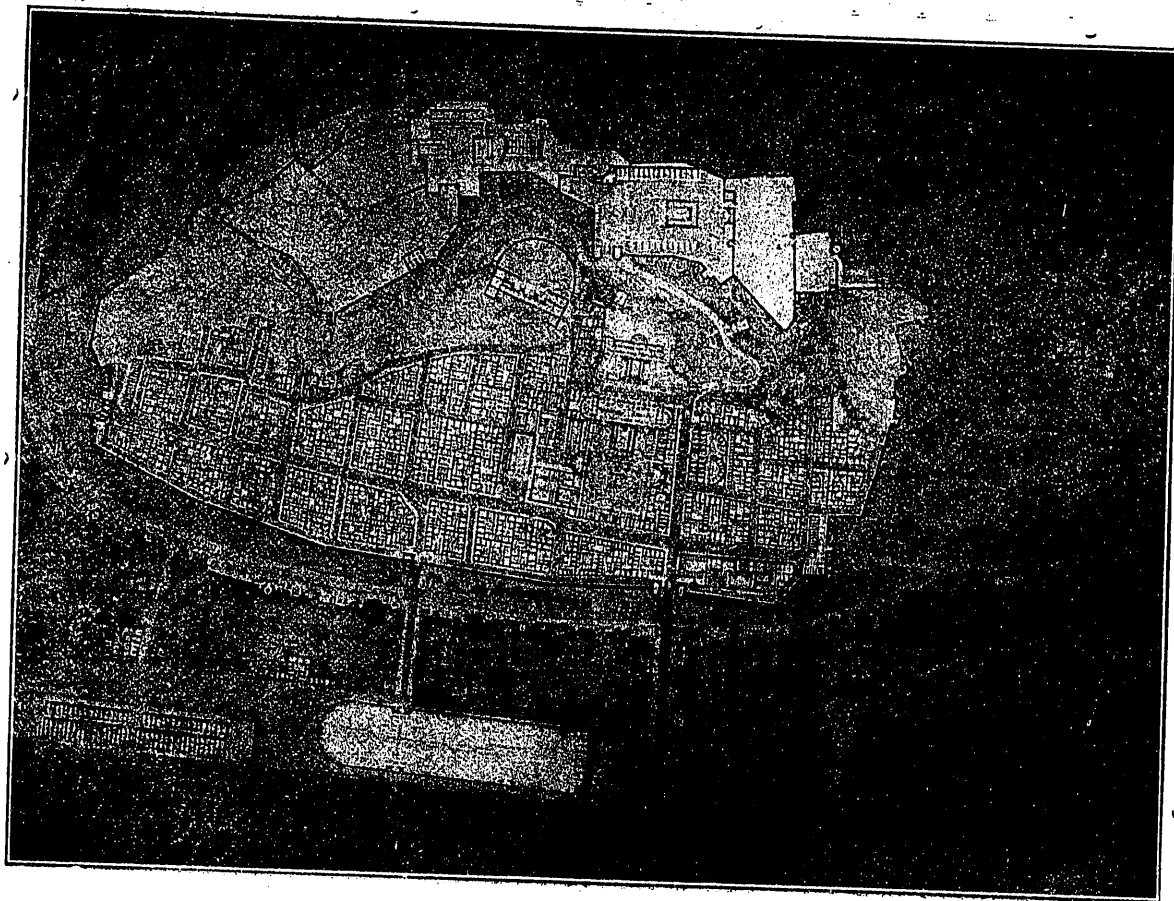


Fig. 10.—Sagunto, planta del proyecto de restauración (siglo II antes de J. C.).

tu, á 279 metros, que era el de la vía principal ó Hercúlea. En dicho collado hubo los trofeos de Pompeyo y antes los levantados por Scipion, en 208 antes de Jesucristo, con motivo de su lucha

El mismo Jullian, tomándolo de Silius (III, 357), sitúa en Puigcerdá el campo de Hércules, cuya leyenda era allí muy conocida. De Cartagena partían dos vías conducentes á Gadir, una por

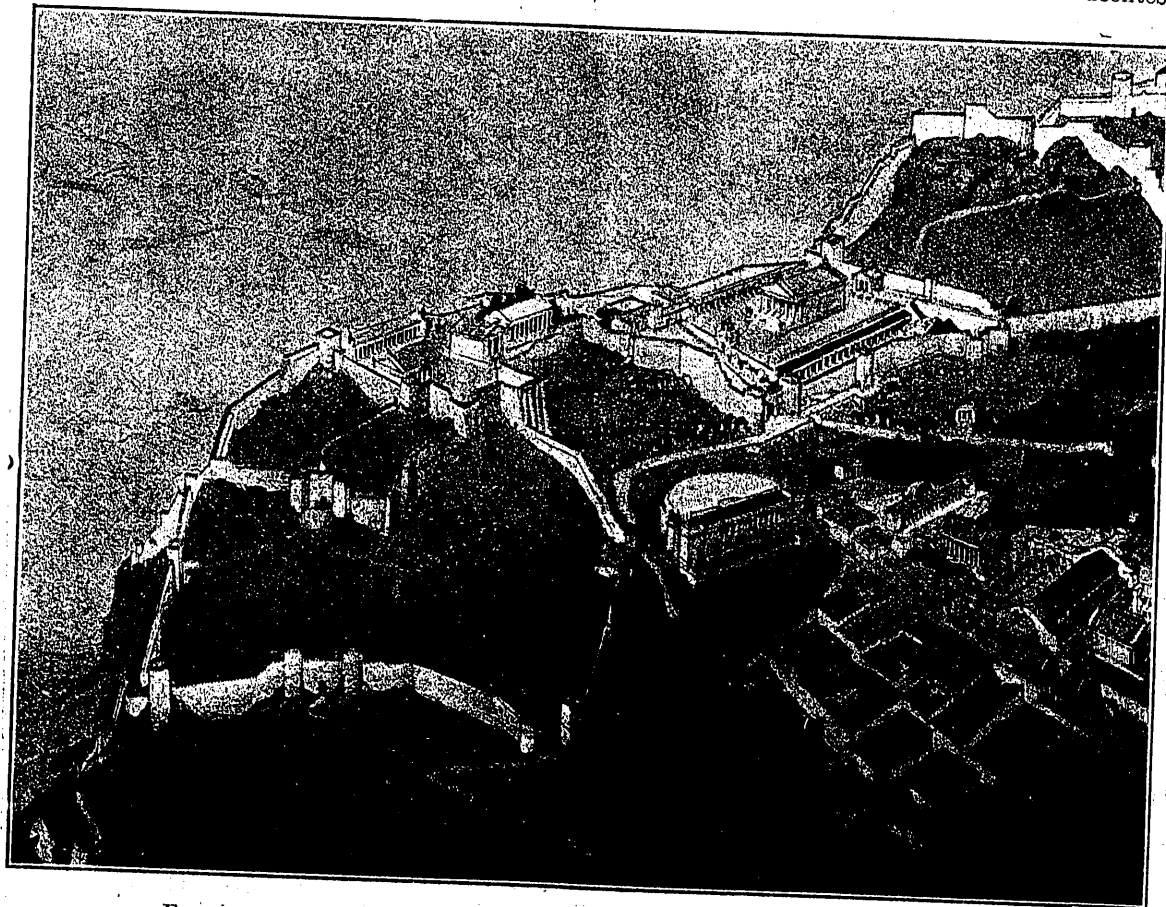


Fig. 11.—Sagunto, perspectiva del proyecto de restauración (siglo II antes de J. C.).

adribal. De Portvendres (puerto ibérico) al golfo de Gascuña se empleaba en los viajes rápidos siete días, á razón de 70 kilómetros diarios (Avienus, 148-151).

el litoral, sirviendo los puertos de Mazarrón, Urgis, Molibdana, Baria Murgis, Millares, Almería, Abdera, Malaca, Carteya, Mellaria y Gadir.

La otra, saliendo también de Carthago, iba á Kastulone por Eliocron y Turgia. De Kastulone conducía á Gadir por Corduba, Astigi, Hispalis y Ugia. Por esta vía llegó Cé-ar con su ejército desde Roma á Obulco al parecer en veintisiete días (Philipon,

das junto á aquéllas por Bonsor (obra citada, pág. 19) entre Alcalá de Guadaira y Carmona, y junto á los 17 manantiales ó puertos de los Alcores, hallándose otros importantes vestigios de villas ó poblados anteriores á la dominación romana, y entre las

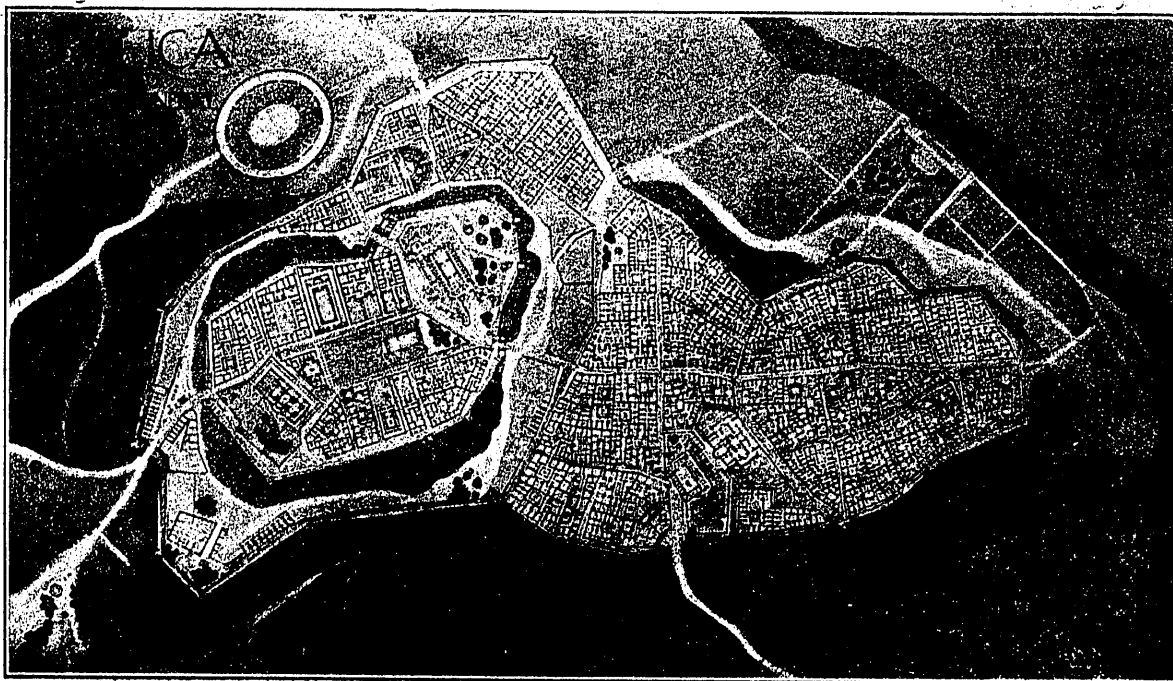


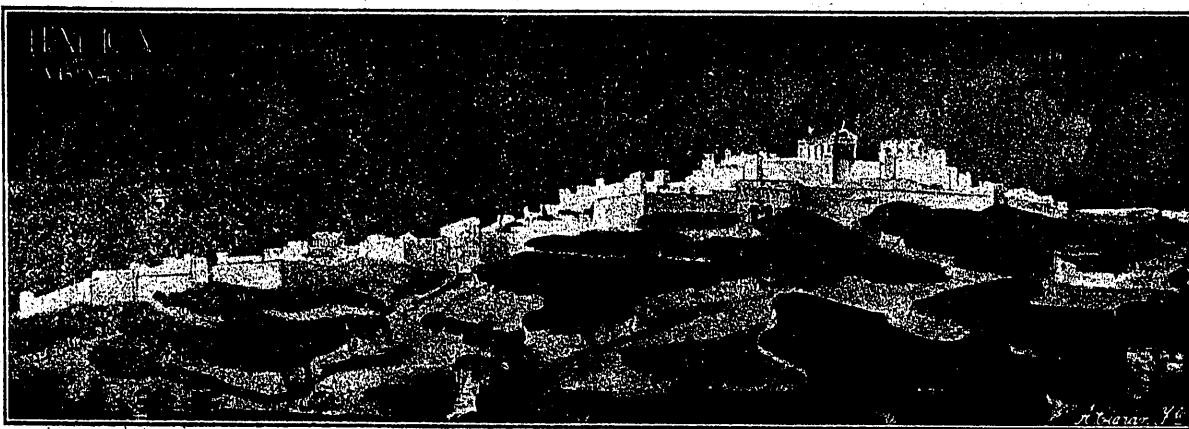
Fig. 12.—Itálica, planta del proyecto de restauración (siglo II antes de J. C.).

obra citada, 281). Napoleón, en sus Memorias, cree que sólo empleó veintitres días en esa asombrosa marcha.

De la vía Hercúlea se destacaba en Tarragona, una vía que iba por Herda, Berbegal, Saldunya, Cascantium, Viobesca, Segisano, Astúrica, Lucus y Betanzos. El trayecto Tarragona-Lérida sería probablemente distinto de la vía romana Aurelia y pasaría por Reus, La Selva, Ciurana, Vilanova de Prades (Sierra la Lle-

villas púnicas populosas de esa región, menciona á Carmona (que aun subsiste) y además La Tablada (cerca del Viso) y la Mesa de Gandul. Por esos poblados pasaba uno de los caminos prerromanos.

El carácter de los caminos ibéricos era variable con la comarca donde se desarrollaban. Desde la vía empedrada al estilo implantado por los cartagineses, hasta el simple sendero, había



Figs. 13 y 14.—Itálica, perspectiva desde el Sur y NE. del proyecto de restauración (siglo II antes de J. C.).

na), Pobla de Ciervols y Vilosell. Jalonaban las vías lusitanas, Braga, Oporto, Coimbra y Lisboa.

Las vías de la Bética están bastante bien señaladas por las poblaciones antiguas y ruinas de venerable ancianidad reconoci-

todas las gradaciones, y dominaría en general la vía utilizable para carros, pero simplemente explanada, sobre todo en las regiones abruptas y del interior.

(Continúa.)